los cuatro primeros dias vivió de sus provisiones ahorradas, pero los tres restantes ayunó. Al sétimo el hambre le aquejaba, sus fuerzas desfallecian y apenas alcanzaba á tirar de la red, que al fin salió como los otros dias anteriores, sin haber cogido entre sus hilos rotos otra cosa que piedras y arena.

Ysahculhayal soltó entonces los tiros de su red, y desfallecido de hambre y fatiga se tendió sobre la playa esperando la muerte, y murmuró estas palabras:

—¡ Hágase la voluntad de Allah!

Despues un profundo sopor cerró sus ojos, sombras densísimas envolvieron su espíritu, y corrió por sus miembros el frio de la muerte.

Entonces el viento salió de su profunda cueva, levantó la cabeza sobre el mar y rizó blandamente sus olas; luego arreció, las arrojó en tumbos sobre la arena, y al fin pujante, las impelió cual montañas de esmeralda, coronadas de perlas.

El mar cubrió el cuerpo de Yashculhayal y le arrastró; entonces este volvió en sí; encontróse envuelto en las olas, y oró á Dios, creyendo llegada su hora terrible; pero con gran sorpresa suya sintióse fuerte y satisfecho, caminando sobre un pavimento de nácar y rodeado de aguas azules como el zafiro, que rodaban mansamente delante de él, abriéndole paso á través de los mares.

Y á poco que anduvo encontró un alcázar con muros de ámbar y puertas de plata, emanando por sus ajimeces una armonía deliciosa y una luz clarísima.

Y las puertas se abrieron ante Ysahculhayal, que se encontró en una sala como no la han visto ojos humanos.

Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

Estaba fabricado con todas las materias preciosas que atesora el mar, y las perlas caian en cascadas entre sus arcos de coral y sus columnas de diamante.

Y en medio de aquella sala, cuya cúpula estaba formada por cuantas conchas de formas caprichosas y colores vivísimos cubren el fondo del abismo, habia una mujer mas hermosa que el alcázar, mas pura que las aguas, y mas deslumbrante que las cascadas de perlas, los arcos de coral y las columnas de diamante.

Y aquella mujer llegó hasta Ysahculhayal, le levantó del suelo, donde al verla se habia prosternado, y le besó en la frente.

—Tú has sido elegido por Allah, le dijo, para arrancar de la idolatría y de los vicios á un pueblo olvidado de su religion y entregado á Eblis. Tú eres justo y bueno, y la fortaleza de Dios está en tu corazon. Yo he ahuyentado durante siete dias la pesca de tus redes, y te he visto volver la espalda al mar sin maldecir de tu fortuna; yo he enviado á mi hijo Rajatulah para que arrasase tu cabaña, y al encontrar sus ruinas has ido á buscar un asilo contra el rocío de la alborada en las grietas de las rocas, sin que el sueño haya huido de tus ojos, y sin que visiones tentadoras hayan oscurecido tu espíritu. Yo soy Malicatulbajri (Malicatu-l'bahhri, *Reina del mar*), y te amo, pescador, porque eres hermoso, bueno y temeroso de Dios.

La hada asió por la mano á Ysahculhayal, y le llevó sucesivamente á salas tan ricas como la primera, pero de labor y materias distintas; le enseñó tesoros inmensos encerrados en profundas cuevas; retretes

maravillosos con mesas cubiertas de esquisitos manjares, y lechos blandos y perfumados; manos invisibles cubrian las mesas de viandas, y del mismo modo voces dulcísimas halagaban los sueños de paz y de amores, que plugo á Allah conceder con Malicatulbajri á Ysahculhayal.

Y estuvieron asi por espacio de siete dias; durante ellos Malicatulbajri, al amanecer de cada uno, conducia á su amado sobre un carro de nácar tirado por delfines á sus estensos dominios. Ysahculhayal recorrió todos los mares hasta regiones incógnitas y nunca visitadas por los hombres; le fueron conocidos cuantos rios desaguan en los mares, y cuantos peces surcan las aguas, desde el inofensivo caracol hasta la terrible y maligna serpiente que rodea la tierra, con sus escamas de bronce y su triple quijada de acero; anegado en el amor de Malicatulbajri se perdió con ella bajo la fronda de las selvas submarinas, hollando con su planta de hombre su césped de algas y sus llanuras de ovas; vió lo que solo ha visto quien lo crió, y no tuvo soberbia; gozó mas de lo que el hombre puede soñar en su locura, y no se adurmió en los placeres. Ysahculhayal en la prosperidad era el mismo que en la desgracia.

El sétimo dia, Malicatulbajri metió su carro por la embocadura del Gran rio *(el Nilo)*, y subió su corriente hasta la embocadura del Bark-el-Azrak *(rio azul)*; luego buscó la confluencia de otro rio, y apresuró sus delfines, que gemian obligados á vivir lejos de las aguas saladas.

El carro se detuvo delante de un pequeño alcázar situado en lo mas profundo del rio, y tan bello, tan

rico y tan deslumbrante como los que habia visto Ysahculhayal en los mares. Las puertas del alcázar se abrieron, y apareció en ellas otra hada hermosísima, pero negra como las hijas de la Nubia; de su cuello pendia un talisman, y sus ropas eran de lino, oro y púrpura.

Las dos hadas se abrazaron estrechamente y se besaron en la boca.

—Esta es mi hermana Malicatulankari (Malicatul'ankari, *Reina de los rios),* dijo á Ysahculhayal; las dos fuimos creadas el mismo dia en que el Altísimo, despues de separar la luz de las tinieblas, puso las aguas rodeando al mundo, y nosotras dimos á luz á nuestros hijos Rajatulah y Nurulawal; ha llegado el momento de separarnos. Vete. El reino maldito de que te he hablado está cerca de tí. La impiedad y la idolatría dominan en él; conquista ese reino, vuélvele al conocimiento de Allah, y si eres fuerte y justo, despues de tu muerte vivirás conmigo en mis alcázares del mar y en mis jardines de los lagos.

Cuando hayan transcurrido nueve lunas desde este dia, vé al lugar donde solias pescar y echa al mar tus redes. Lo que haya de suceder sucederá porque está escrito.

Y Malicatulbajri besó en la boca á Ysahculhayal, abrazóle Malicatulankari, las aguas se condensaron, elevaron en su tromba al pescador y le arrojaron entre las espadañas de la ribera.

Cuando la luz del sol poniente hirió los ojos de Ysahculhayal, cuando respiró el aire templado de la tierra, cuando se vió sobre ella con los vestidos enjutos, creyó efecto de un ensueño lo que habia pasa-

do por él durante siete dias; pero cuando se encontró á la márgen de un rio, sobre una tierra desconocida; cuando levantó los ojos y vió ante sí una ciudad estranjera rodeada de fuertes murallas y dominada por un altísimo castillo, la duda huyó de su espíritu, y como siete dias antes habia aceptado la muerte, aceptó la mision que le deparaba el destino, y esclamó prosternándose:

—¡Hágase la voluntad de Allah!

Y la noche se acercaba. Ysahculhayal prefirió un asilo en las rocas á dormir bajo el techo de una ciudad impía, y se alejó á lo largo de la ribera y á poco trecho encontró, tras un recodo del rio, entre palmeras y nopales, una magnífica tienda de oro y seda, alrededor de la cual gineteaban algunos guerreros árabes.

—¿Sabeis dónde podria yo encontrar un asilo? preguntó humildemente Ysahculhayal á uno de ellos.

—Tuyo es, señor, lo que ves ante tus ojos, contestó el árabe; somos vasallos de Malicatulbajri y te esperábamos.

Ysahculhayal entró en la tienda, é instantáneamente le rodearon hermosas esclavas, despojáronle de sus pobres vestidos de pescador, vistiéronle una túnica de brocado, rodearon á su frente un chal de la India y calzaron sus piés con sandalias de oro y púrpura. Luego trajeron ante él un espejo de plata, y á la luz de olorosas antorchas de aloé pudo notar el cambio operado en su ser.

Sin haber perdido su semejanza era un hermosísimo mancebo con toda la fuerza y el esplendor de la edad viril; el rojo color de su semblante no era el

producido por el continuo azote de los vientos, de los abrasadores rayos del sol y de las emanaciones marinas; era el dorado color, distintivo de los hijos de Arabia, estendido sobre una piel tersa, fresca y brillante; sus manos endurecidas y desfiguradas por el trabajo, se habian tranformado en otras manos robustas, pero hermosas y suaves como las de una esclava; su talle, sin dejar de ser fuerte, era esbelto, y su cabeza se erguia con majestad sobre su pecho dilatado y sus anchos hombros.

Su ademan era el de un rey, y su túnica de púrpura se adaptaba admirablemente á sus formas.

Tras las esclavas entraron los joyeros y le prendieron las alhajas que puede llevar sin vergüenza un soldado árabe; tras estos, cargados de armas, llegaron los esclavos, y un anciano walí le ciñó una espada de oro.

Luego le fueron presentadas viandas esquisitas, de las cuales solo tomó pan, leche y dátiles; y cuando se reclinó en su lecho de pieles de tigre, cuando todos se retiraron, la mas hermosa de las esclavas entró en la tienda, sentóse junto al lecho y veló su sueño.

Ysahculhayal despertó al amanecer, hizo la ablucion en una fuente de oro que le presentó la esclava, y elevó á Allah la oracion de azzobhi.

Oíase un gran ruido de armas y caballos fuera de la tienda; Ysahculhayal salió á su puerta y vió en el valle, agrupados en escuadron cerrado, diez mil ginetes; ciñóse un arnés damasquino, cabalgó en un fogoso caballo, mandó plegar las tiendas, y en silencio, entregado al destino, abandonó las riendas á

su cabalgadura, embrazó la adarga y afianzó la lanza preparado al combate, y seguido de su ejército, de su consejo y de su harem llegó á las puertas de la ciudad.

Durante la noche los corredores habian visto en las márgenes del rio aquel ejército estranjero; y la ciudad se habia apercibido á la defensa. Estaban ceradas las puertas, levantados los rastrillos y las almenas cubiertas de soldados.

Ysahculhayal envió en nombre de Dios un mensaje á la puerta mas cercana intimando la rendicion, y por respuesta lanzaron los moradores una nube de saetas á los árabes.

Entonces sonaron en un alarido guerrero los añafiles y los atabales, desplegóse la bandera del profeta, Ysahculhayal desnudó su espada y seguido de los suyos se lanzó sobre la puerta.

En un momento la cava que la defendia fué cegada con piedras y árboles; cien hachas calleron sobre la puerta que se abrió hecha astillas, y los hijos del Islam penetraron en la ciudad.

La mortandad fué terrible; herian las espadas de los árabes impulsadas por la mano de Dios en los impíos como el granizo sobre las mieses, y fueron esterminados todos los que empuñaban lanza ó azagaya, hasta el rey que cayó entre sus mancebas en lo mas retirado de su harem.

Ysahculhayal se apoderó de la ciudad en nombre de Allah, derribó el templo consagrado al sol, purificó con la ablucion los alcázares, las calles, las plazas, las murallas y los edificios de la ciudad, y levantó aljamas á Dios.

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERÍA DE CULTURA
R.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

Siete dias despues el Koram era observado por los habitantes del pueblo impío, y el ejército árabe desapareció una noche, como habia aparecido para ayudar á Ysahculhayal.

Solo quedaron las vírgenes y hermosas esclavas del harem.

Pasaron nueve lunas en una paz profunda; Ysahculhayal era dueño de un reino floreciente y religioso; le amaban sus vasallos, le respetaban sus vecinos, y el sol de la felicidad brillaba sobre su frente.

Pero su próspero destino no le hizo olvidar sus deberes; algunos dias antes de que se cumpliesen las nueve lunas, dejó el gobierno de su reino á su visir, y solo, con sus antiguos vestidos de pescador y sus redes al hombro, se encaminó á las playas del mar Rojo, donde en los tiempos de su pobreza se ejercitaba en la pesca.

Llegó despues de una larga caminata, y su corazon se dilató; volvia á ver la tierra de su infancia; encontraba su pobre choza como antes de ser arrebatada por el huracan, y junto á ella sus ojos, arrasados de lágrimas, se posaron en las tumbas de sus padres y de sus hermanos.

Oró toda la noche sobre ellas, y al amanecer arrojó sus redes al mar; cuando creyó que podia retirarlas tiró de ellas; un peso enorme hacia su trabajo lento y penoso; faltábanle fuerzas; al fin logró sacarlas sobre la ribera.

Dentro de ellas venia un cofrecillo de nácar; abrióle y encontró un hermoso niño.

Entre sus ropas halló una tela de oro en que estaban escritas con perlas estas palabras:

Ese infante es hijo de Malicatulbajri y de Ysahculhayal su esposo; haz de él un buen muslim y un buen caballero, y sigue obedeciendo tu destino.

Ysahculhayal besó llorando de placer á su hijo, lanzó un beso al mar y ébrio de alegria entró en su cabaña.

Apenas se habia sentado en ella, cuando una esclava hermosísima se presentó á la puerta.

—Yo soy la nodriza de Ebn-al-Bajri *(Hijo del mar)*, le dijo.

Ysahculhayal la entregó el niño; oró aquella noche sobre la tumba de sus padres, y al dia siguiente, despues de haber arrojado otro beso al mar, emprendió acompañado de su hijo y de la nodriza, la via de su reino.

Llegó y ningun sabio descifró el horóscopo del niño, que creció hermoso y valiente, pero feroz como la ira del leon.

Y gobernó Ysahculhayal pacíficamente su reino durante doce años.

Pero habia llegado el momento de su prueba.

Tenia, resto de toda su raza, un hermano; este hermano era vengativo, cruel y tan irascible, cuanto era generoso, caritativo y humilde Ysahculhayal; indolente y criminal, en vez de haber ayudado á su hermano en la profesion de sus padres, le robó sus escasos ahorros, compró con ellos un caballo y una lanza, y se unió á una de esas hordas de árabes ladrones que asaltan á las caravanas y son el azote de los linderos del desierto.

Y asi, el uno practicando la virtud, el otro perdido en el sendero de los crímenes, pasaron veinte

C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

años desde el dia en que el hermano robó al hermano, y doce desde aquel en que Ysahculhayal habia sido elevado á un trono por la justicia de Allah.

El árabe ladron, en su vida de vagancia fué llevado por el destino al reino de su hermano, y á pesar de su grandeza reconoció á Ysahculhayal, púsose ante él, lloró hipócritamente sus faltas, le ofreció mejorar su vida, y el hermano siempre generoso, siempre bueno, le abrió los brazos, le hospedó en su alcázar, y poco despues, engañado por el esterior hipócrita del bandido, le dió el gobierno de su ejército.

Poco tardaron en mostrarse las consecuencias de tamaña imprudencia. Los habitantes de la ciudad, mal avenidos con el gobierno justiciero y rígido de Ysahculhayal, adictos al libertinaje y á la impudencia de su antigua religion, oyeron las pérfidas sugestiones del hermano rebelde, y amaneció un dia fatal en que Ysahculhayal se vió preso con su hijo en la torre mas fuerte de su alcázar, vendido traidoramente por su ejército, y acusado de impío y de asesino por los adoradores del sol.

El hermano traidor hizo conducir ante sí, cubierto de cadenas, al hermano inocente; y ambicioso siempre y cruel, le ofreció la vida en una prision si le revelaba el sitio donde habia escondido sus tesoros.

Ysahculhayal no reprochó al hermano su crímen, ni se indignó, lloró por él y le manifestó su pobreza.

Porque siempre caritativo, habia gastado los impuestos y los tributos en hospitales y limosnas para aquel pueblo que le asesinaba; habia sido siempre frugal, y las esclavas de su harem, escogidas por

Malicatulbajri entre las mas hermosas hadas de los lagos, se conservaban aun vírgenes é inmarchitas.

El asesino se irritó; creyó que su hermano mentia, y esperando que el terror le arrancase su secreto, le condenó con su hijo á la muerte de la hoguera.

Y la hoguera se levantó. Ysahculhayal y su hijo fueron conducidos á ella, y alli por última vez el hermano pidió los tesoros que soñaba al hermano.

Ysahculhayal solo contestó como en los tiempos de su pobreza y de su prosperidad:

—¡Hágase la voluntad de Allah!

Y el fratricida puso fuego á la hoguera.

Entonces las nubes se tendieron en el espacio, la tormenta rugió sordamente al lejos, y se arrojó con la rapidez del rayo sobre la ciudad maldita. La niebla envolvia la hoguera, torcióse en torno de ella el huracan, y arrastrando la tromba se elevó rugiente en el espacio.

Cuando se disipó la niebla solo quedaban cenizas en el sitio de la hoguera.

Todo estaba terminado. El asesino era rey, y las mezquitas fueron arrasadas, escarnecido el nombre de Allah, y reedificado el altar de oro del sol.

El usurpador penetró en el harem, pero le halló desierto; las vírgenes habian desaparecido.

Tornó la impureza con todo su fatal esplendor; adoróse cuanto de inmundo halaga los sentidos, y Eblis tendió sus alas sobre la ciudad impía.

Y andando el tiempo, el rey de aquel pueblo, acosado por su conciencia y por sus malos ensueños, salió un dia á caza. Abandonóse á la carrera de su caballo, y encontróse de repente sobre el rastro de

Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

una cierva; siguióla hasta que se puso al alcance de su azagaya, é iba á disparar, cuando la cierva se transformó en una doncella nubia de maravillosa hermosura.

Aquella doncella era Malicatulankari.

El rey se deslumbró ante su belleza, descabalgó y ella le abrió sus brazos; estaba escrito, y Malicatulankari volvió llorando á sus alcázares del agua, despues de haber sido profanada por el rey.

Y el rey la buscó, y no la encontró; y preguntó á los sabios, que no le supieron contestar y los degolló.

Y anduvieron aun siete lunas.

Habia corrido la voz de que el rey anterior habia encontrado, siendo pescador, en sus redes un talisman poderoso al que habia debido su poder: el rey, ambicioso siempre, salió un dia de su alcázar disfrazado de pescador; llegó al rio y arrojó las redes; cuando las retiró encontró en ellas un cofrecillo de sándalo y dentro una niña, un talisman y un pergamino en que estaban escritas tres palabras misteriosas.

Y el rey llamó astrólogos árabes que le dijeran el horóscopo de la niña, y los sabios observaron los astros durante siete noches, y leyeron en ellos lo que estaba escrito, y supieron que aquel rey era el rey de Bertat, y que aquella niña era hija suya y de Malicatulankari.

Y añadieron los astros.

Y esa niña se llamará Zarulamyai (Zahara-l'amyai, *Flor de las aguas*), y será hermosa, y amará á uno de su raza, y el talisman que rodea su cuello la librará de la muerte y de la pobreza.

Y si esa niña conoce el bien y el mal, será desdichada y producirá el castigo de su padre.

Y si se une al hombre de su amor, dará á luz ocho hijos, que tendrán en su espíritu el gérmen del mal, y presidirán el destino del pueblo de Ismael en Gezira Alandalus (1).

Pero si esa mujer llega á cumplir sus quince primaveras sin conocer al hombre de su amor, el rey será poderoso y morirá anciano y respetado.

Ese es mi horóscopo, prosiguió la niña, y me llamo Zarulamyai; un horóscopo terrible, amado mio, añadió posando la intensa mirada de sus ojos negros en Yadilkadir, que la contemplaba con un amor y un interés crecientes.

—Ya ves, me dijo el sabio despues de revelarme mi historia, que la ciencia te sería funesta.

—Y bien, yo quiero ser sabia como tú, le contesté; saber porque lucen en los cielos esos astros brillantes cuando la noche envuelve al mundo; hablar con ellos, para que me digan donde está el hombre de mi amor.

El astrólogo árabe, porque tal era mi anciano guarda, palideció.

—Yo no puedo enseñarte eso, me dijo, porque perderia la cabeza. Tu padre te ha separado del mundo y te ha encerrado aqui bajo mi custodia; harto he hecho en enseñarte un lenguaje y en hacerte conocer el verdadero Dios, porque asi he jugado mi cabeza por tu alma.

Yo insistí, me senté sobre sus rodillas y jugué

(1) *Península de España.*

con su barba; habia notado que el sabio hacia algun tiempo me contemplaba de un modo particular, que habia perdido su jovialidad y que me trataba con reserva; le habia sorprendido mirándome al descuido, y á pesar de mi inocencia habia conocido en él una inquietud y un afan por mí, igual al que yo sentia por el ser misterioso que llenaba mi alma.

Mis halagos hicieron un efecto terrible en el viejo astrólogo, que al fin cedió á mis ruegos, pero con una condicion.

—¿Y qué condicion era esa? preguntó con acento sombrío Yadilkadir.

Zarulamyai se sonrió lánguidamente.

—Mi amor, contestó; se arrojó á mis piés, besó la orla de mi túnica, y me confesó que estaba furiosamente enamorado de mí. Yo no sabia lo que significaba la palabra amor.

Entonces el sabio me dió su primera leccion.

—El amor, me dijo, es un fuego intenso y dulce que se apodera del alma á la vista de un objeto que la fascina; el amor es el gérmen de la vida y de la luz, padre de cuanto existe, lazo misterioso é inesplicable que une la creacion con el creador; el amor es la ley eterna é inmutable que preside á la reproduccion universal, la atraccion poderosa que hace rodar en sus órbitas precisas los orbes y los astros en los abismos del espacio y del infinito; el amor es la luz, la vida, el espíritu del espíritu; el amor es Dios.

Zarulamyai al decir estas palabras era mas que una mujer; su hermosura resplandecia, su seno se agitaba dulcemente, su voz trémula, de emocion y

de amor, era incitante, dulce sobre todas las dulzuras, armoniosa sobre todas las armonías; su alma vírgen y apasionada se exhalaba por sus ojos en una mirada intensa, diáfana, brilladora; era entonces mas que una tentacion, era el espíritu del amor.

Y Yadilkadir cayó á sus plantas en un impulso de adoracion, abrazó sus rodillas, y balbuciente, trémulo, fijando en ella sus negros y hermosos ojos cubiertos por la primera vez con un velo de lágrimas, con el corazon palpitante y la frente abrasada murmuró, anegando su mirada en la clara mirada de Zarulamyai:

—¡Yo te amo!!

Y ella, sonriendo de felicidad, radiante de amor, conmovida en un estremecimiento infinito, le levantó de la alfombra, rodeó sus frescos brazos á su cuello y murmuró sobre sus labios abrasados otro «yo te amo» fascinador.

Pero instantáneamente pasó ante el espíritu del árabe una vision funesta; parecióle que entre Zarulamyai y él se deslizaba el viejo astrólogo, lanzado allí por el espíritu de la impureza, y retrocedió poniendo la mano sobre su corazon como si hubiese recibido en él un golpe de muerte.

Zarulamyai, con el delicado instinto de una mujer que ama, adivinó la causa del horror del árabe, y su alma, herida por aquella sospecha, lanzó á sus ojos una lágrima solitaria.

Yadilkadir se sentó sombrío en el divan y ocultó su rostro entre las manos; ella continuó su relato interrumpido, dominando su dolor.

—El amor es la felicidad, me dijo el sabio astró-

logo, cuando es igual el lazo que une á dos seres; pero cuando es aislado, cuando el ser por quien se sufre no comprende nuestros sufrimientos, el amor es la tiniebla, la desesperacion, la muerte, el no ser.

Zarulamyai pronunció sus últimas palabras en un acento frio, apenador, amargo como un reproche.

—¡Pero el astrólogo...! murmuró roncamente Yadilkadir levantando la cabeza y mirando sombriamente á la niña.

—Es verdad, continuó ella; el astrólogo me dijo: si tú me amas, yo te haré tan sabia como Salomon, y te mostraré cuantas maravillas encierran los abismos del cielo y de las aguas, y donde tienen sus linderos la luz y las tinieblas; los astros hablarán para tí, y te será conocido el lenguaje de las aves y de los brutos, de los peces y de los reptiles.

Yo le ofrecí darle mi amor cuando me hubiese hecho conocer todo lo que desease, y el sabio tornó al dia siguiente provisto de pergaminos enrollados, en que estaban escritos estraños caracteres.

Y pasaron dias tras dias; yo adelantaba con ardor en el camino de la ciencia; mundos antes desconocidos para mí, se abrieron ante mi pensamiento inundados de luz; escuché la voz de Dios en mi corazon, le sentí en mis ojos, en el ambiente que respiraba, en el azul de una noche serena y en los rugidos de la oscura tempestad; los astros tuvieron lenguaje para mí; pero era un lenguaje de amor; les pedia á mi amado y ellos reverberando trémulos me contestaban: ¡espera!

Y cada dia el astrólogo me decia:

JUNTA DE ANDALUCIA
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

—Ya eres sabia, ámame.

Y yo le contestaba:

—Tú me has enseñado el lenguaje de los pájaros y de los animales, de los peces y de los reptiles; dime ahora qué murmuran los árboles y las palmeras, los nopales y los espinos, las yerbas y las flores, cuando las mece el viento de la mañana, ó cuando las azota furioso el huracan; qué sienten las nubes cuando flotan mansamente engalanadas con túnicas de púrpura ó zafiro; ó cuando se arrastran rodando bajo la tempestad ateridas entre su manto de niebla.

Y el astrólogo me hizo conocer lo que le habia pedido, como tambien el lenguaje de los arroyos y de los lagos, de los rios y de los mares.

Y yo pregunté á los árboles y á las yerbas, á las palmeras y á las flores, á los arroyos y á los lagos, á los rios y á los mares: ¿Dónde está el amado de mi alma?

Y ellos me contestaban: ¡Espera!

Y llegó un dia en que el astrólogo me dijo:

—Ya sabes cuanto puede saber una criatura: dame tu amor.

Y yo dije al astrólogo:

—Enséñame antes de que color son los ojos de mi amado.

Entonces el sabio se irritó, y quiso deber á la violencia lo que no le concedia el amor; pero mi madre lo habia previsto cuando me arrojó al mundo defendida por esta joya cabalística; el sabio recordó que mi horóscopo me defendia de la muerte, de la violencia y de la pobreza.

Entonces recurrió á los ruegos y á las lágrimas.

JUNTA DE ANDALUCIA P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife CONSEJERIA DE CULTURA

Y asi ha transcurrido un año, yo esperando á mi amado y el astrólogo llorando sus amores.

Y al fin mi amado ha aparecido, mi alma se ha inundado en su mirada, y el astrólogo aun llora.

Se ha cumplido mi horóscopo, porque tú eres el hombre de mi raza.

—Sí, yo soy hijo de Malicatulbajri y de Ysahculhayal, contestó Yadilkadir; yo soy el niño á quien el rey de Bertat condujo con su padre á la hoguera.

La admiracion se pintó en el semblante de Zarulamyai.

—Sí, continuó Yadilkadir; mi madre velaba por nosotros desde los abismos de las aguas; cuando la mano del fratricida puso fuego á la hoguera, ella despertó en su profunda cueva á Rajatulah y á Nurulawal; «volad, les dijo, y salvad á mi esposo y á mi hijo.»

Y Rajatulah, precedido de su hermana, se lanzó sobre Bertat; envolvióla en un manto de niebla y nos arrancó ilesos entre sus alas, cuando esperabamos la muerte.

En un momento nos encontramos en la ribera del mar; era de noche; una luna tranquila plateaba la inmensidad de las aguas; Rajatulah se perdió en los horizontes, rodando sobre su cóncaba y sonora estension, y nos encontramos solos.

Mi padre arrojó un beso al mar.

Entonces se abrieron las ondas, y el espacio se inundó de una luz clarísima; en el centro de ella, coronada por celages de oro y púrpura, sobre un carro de nácar tirado por delfines, rodando rápidamente sobre las aguas, apareció una mujer blanquí-

Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

sima, con largos y ondulantes cabellos rubios, envuelta en una flotante túnica de gasa.

Arrojóse en los brazos de mi padre y luego en los mios, nos besó llorando de placer, y al fin escuché su voz dulce y sonora como el murmullo de las brisas en la ribera.

—Ysahculhayal, dijo á mi padre, has cumplido tu destino, has sido justo y bueno, y Dios permite que vengas á morar conmigo en los alcázares del mar; abraza á nuestro hijo, porque no le volverás á ver hasta que transcurran veinte y tres años.

Mi padre me abrazó llorando, me dió escelentes consejos y me rogó que fuese siempre caritativo, valiente y fiel.

Entonces mi madre me besó en la boca, varió mi semblante para que no fuese conocido de mis enemigos, me contó mi historia, é hizo salir para mí del fondo del mar un caballo de guerra, una lanza y un arco.

—Tú eres valiente hasta la ferocidad, hijo mio, y tus enemigos te llamarán Yadilkadir *(Mano del fuerte)*. Vé, tu destino te espera, y cumplido tu plazo la felicidad junto á mí.

Besóme otra vez y desapareció con mi padre.

El mar quedó desierto, y solo brilló sobre él la luz de la luna que tocaba las aguas al occidente.

Entonces me encomendé á Allah, salté sobre el caballo y le dejé tomar el camino que le plugo.

El corcel me llevó á Damasco, á tiempo que el califa Abdelmelic celebraba con fiestas y justas la proclamacion como su sucesor de su hijo Al-Walid.

Justé, y vencí. El califa me hizo un rico presente y me nombró walí de sus ginetes.

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERIA DE CULTURA

Desde aquel dia mi lanza ha vertido mucha sangre infiel, y mis enemigos, cumpliendo la prediccion de mi madre, me llamaron Yadilkadir.

Pero á pesar de mi grandeza sentia en mi alma una sed de amor semejante á la tuya. Consulté á los astrólogos, y me dijeron que la mujer de mi amor estaba prisionera en el castillo de Bertat.

Entonces dejé á Damasco, me vestí la sencilla túnica del árabe del desierto, y aguijé mi caballo; atravesé montañas y llanuras, rios y lagos, y llegué; mi hermano Rajatulah y mi hermana Nurulawal me trajeron hasta tí, que eres la luz de mi alma y la vida de mi vida.

—Pero has dudado de mí, de mí que preguntaba todos los dias á los cielos por tí, que soñaba con tu amor que te espera al cerrar de cada noche.

—¡Oh! perdóname, gacela mia, murmuró el árabe, porque yo te amo.

. . . . . .

. . . . . .

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Antes del alba Yadilkadir llamó á su hermano Rajatulah.

Este asomó su frente á la ventana.

—¿Qué quieres? le dijo.

—Condúceme con mi corcel á Damasco, contestó el árabe.

Rajatulah penetró en la estancia, le cogió entre sus alas, lanzóse en los aires precedido de Nurulawal, descendió al valle, envolvió el corcel de Yadilkadir, y antes de que el alba alumbrase al mundo le dejó en la puerta de la ciudad de los califas.

Y asi vinieron noches tras noches, y todas ellas Rajatulah condujo á Yadilkadir al lado de Zarulamyai.

Y cada vez era su amor mas intenso y frenético.

Zarulamyai estaba en cinta; y sin embargo, el astrólogo que la guardaba, fascinado por el genio protector de los dos jóvenes, tuvo ojos ciegos y oidos sordos.

Antes del año, al amanecer de un hermoso dia de primavera, Zarulamyai dió á luz un niño negro y hermoso como ella.

Su corazon de madre se dilató; besó frenética á su hijo, y le escondió temerosa bajo el tapiz de púrpura de su lecho; pero Rajatulah penetró por la ventana y arrebató al niño envuelto en el manto de púrpura.

Zarulamyai gritó, pidió á Rajatulah su hijo, y este contestó, rugiendo, en un lenguaje solo inteligible para ella:

—¡Asi está escrito!

Y se perdió en la inmensidad.

Y lo mismo contestó á Yadilkadir cuando á la noche siguiente, impulsado por las lágrimas de su esposa, le preguntó por su hijo.

Y asi vinieron, uno tras otro, ocho años desde el dia en que Yadilkadir conoció á Zarulamyai, y por cada un año tuvo en ella un hijo varon, que fueron arrebatados por Rajatulah.

Al finar el octavo año, á la noche siguiente del alumbramiento del octavo hijo, Rajatulah anunció á los esposos que se preparasen para hacer juntos su último viaje.

—Habeis cumplido vuestro destino sobre la tier-

C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

ra, les dijo, y os esperan los alcázares de vuestras madres.

—¿Y mis hijos, hermano mio? le preguntó llorando Zarulamyai.

—Tus hijos, contestó el genio, tienen en sus venas el espíritu del mal de tu padre. Se ha cumplido tu horóscopo, hermana mia. *Si esa niña*, dijo el destino, *conoce el bien y el mal será desdicha, porque sus hijos teñdrán en su espíritu el gérmen del mal.* Estaba escrito y se cumplió.

Zarulamyai se arrojó sollozando en los brazos de Yadilkadir, entre los cuales le condujo Rajatulah al alcázar de perlas de Malicatulbajri.

Y el astrólogo entró al dia siguiente en la torre, y al encontrarla abandonada llamó á grandes gritos y mesándose la barba á Zarulamyai, y el rey supo que habia desaparecido, y mandó cortar al astrólogo la cabeza.

Y la buscó por todos sus dominios y fuera de ellos, y no la encontró.

Desde entonces no se ha vuelto á saber de Zarulamyai ni de Yadilkadir.

Pasaron como pasan las tempestades despues de haber servido á la justicia de Allah.

. . . . . .

. . . . . .

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

V.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Por el tiempo en que dió á luz su primer hijo Zarulamyai, habia á poca distancia de Bertat, en las márgenes de un lago formado por el Bark-el-Abiad, un magnífico templo consagrado al sol; mengua era su grandeza á la de las Pirámides de Egipto, gigantescas sus columnas, atrevidos sus arcos como el pensamiento del impío, y mujeres impuras, profanando el velo de las vírgenes, estaban encargadas de sostener perpetuamente el fuego, ante el ara del altar de oro, y la impureza de los falsos sacerdotes.

En la morada del mas anciano de ellos fué donde Rajatulah dejó uno tras otro los ocho hijos de Zarulamyai.

Esos hijos, emir, añadió roncamente el primer siglo, fuimos yo y mis siete hermanos.

Crecimos en la impiedad y en los vicios; fuímos vergüenza de la naturaleza, y al fin sacrificamos como sacerdotes víctimas humanas y castas vírgenes en los profanos altares del sol.

Llegó en tanto el año noventa y uno de la egira; el califa Walid habia sucedido en el trono de Oriente y Occidente á su padre Abdelmelic; en Bertat el rey fratricida, viejo y gastado por los remordimientos y por los vicios, habia cedido su corona á su hijo Zaib.

Y despues de la siega de las mieses, fué á cobrar los tributos del califa, el caudillo árabe A'bd-al-Azis (Abdelaziz, *Servidor del fuerte),* hijo del emir Muza Ebn-Nozeyr, valiente guerrero, conquistador del Magreb, desde las regiones del Poniente hasta los desiertos del Mediodia.

Tenia una hermana Abdelaziz, de tan maravillosa hermosura, que era llamada Kaukebulabkar *(Estrella de las vírgenes).*

Y aconteció que esta por su mala ventura deseó ver el *Gran rio,* y vino con las gentes de su hermano á Bertat.

El rey Zaib fué á pagar sus tributos, y la vió. La llama de un amor impuro brotó en su alma, y aquella noche á guisa de ladron, auxiliado por mí y por mis siete hermanos, aprovechó el descuido de los árabes, hijo del desprecio con que miraban á los nubios, y la robó.

Kaukebulabkar fué profanada por el rey ante el altar maldito, entregada despues á nuestra impu-

Patrimonio Documental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

reza y sus restos ensangrentados ofrecidos como holocausto al sol.

El castigo fué terrible; nosotros fuímos degollados sobre los restos aun calientes de Kaukebulabkar, y asesinado el viejo y miserable rey fratricida entre los brazos de sus mancebas.

El decreto del destino se habia cumplido, á pesar de las precauciones del usurpador; su hijo y los de su hija trajeron sobre él la espada de la justicia.

Durante tres dias la sangre corrió por las calles y los templos, y Abdelaziz cansado de matar, concedió la vida á Zaib y le hizo cautivo.

Apenas esterminados yo y mis siete hermanos, nos encontramos flotando en un espacio frio y nebuloso, sin luz ni sombra. El silencio del no ser, un silencio como no lo han percibido oidos humanos, dominaba en torno nuestro; de repente el ruido de unas alas poderosas nos estremeció; rasgóse la niebla, y suspendido en los abismos de la inmensidad apareció terrible ante nosotros el arcángel de la muerte.

—¡Espíritus! dijo Azrael, con voz semejante al trueno; vuestra vida en la tierra ha sido una continua cadena de crímenes.

Predestinados al mal habeis nacido, y Allah suspende su justicia hasta que se cumpla vuestro destino.

Entonces se lanzó sobre nosotros como el rayo, nos envolvió en el largo estremo de su túnica y nos condujo á la tierra.

Y vimos una vega, rodeada de montañas azules, como un huerto de su vallado; y sobre ellas asentada como una reina una altísima sierra, cuyos piés

besaban las nubes y cuya frente cubierta de nieve, lanzaba reflejos deslumbrantes herida por el sol del estío.

Y al lejos habia siete montes rodeados por dos rios que corrian á sus piés, y que se confundian luego en uno y se perdian entre las opuestas montañas, tendiéndose sobre la vega como una serpiente de plata.

Y sobre el mas alto de aquellos montes habia una alcazaba, y bajo ella una poblacion judía.

Nosotros estábamos suspendidos, ocultos en una nube, sobre una colina cubierta de olivos, nopales y cipreses á la falda de sierra Nevada.

Y sobre aquella colina habia otra poblacion hebrea, diseminada en blancas casas entre los olivares.

—¡Espíritus! nos dijo Azrael, los hijos del Islam pasarán muy pronto el estrecho de las Angosturas para llevar el conocimiento de Allah á las tierras de Occidente; se estenderán sobre Gezira Alandalus y serán señores de ella durante muchas generaciones.

Y ocuparán esta parte sobre la que nos posamos, y sobre aquellos siete montes alzarán una ciudad que se llamará Granada, y bordarán de aldeas esa vega, y entre ellas edificarán una en la colina situada bajo nosotros, y la llamarán Azubia por su abundancia de aguas.

Y andando el tiempo los hijos del Islam, castigados por Allah, perderán uno á uno los reinos de Gezira Alandalus, y su último asilo será Granada, que les arrebatarán al cabo dos reyes nazarenos.

La tierra de la Azubia será la última que se empape en la sangre vertida en esta conquista, y con

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA

ella acabará en Occidente la lucha del Koram y la Cruz.

Allah quiere que vosotros presidais, durante cien años cada uno, el destino del pueblo de Ismael en Gezira Alandalus, y si cada uno de vosotros al espirar el plazo deja aun flotando la bandera del Islam sobre Granada, plantareis un laurel en la colina de la Azubia por la parte que mira á la ciudad.

Y si pasados ochocientos años habeis plantado ocho laures perdonados sereis por Allah, y vuestra madre os besará la boca en los alcázares del mar.

Pero si falta un solo laurel, condenados sereis, y vuestra madre os olvidará, y serán con vosotros las tinieblas.

Y el ángel se precipitó con nosotros sobre la tierra, y nos soterró al pié de un ciprés en la colina de la Azubia, por la parte que mira á Granada.

Yo, el mayor de los hermanos, dormí durante siete lunas; al fin de ellas una voz poderosa me despertó.

—¡Levántate! me dijo, ha llegado la hora; el Oriente se arroja sobre el Occidente.

Y me sentí arrancado de mi tumba y lanzado en el espacio; mis vestidos eran una túnica de púrpura, fabricada con el tapiz del lecho en que me habia envuelto mi madre al nacer, y en mi diestra mano lucia una larga y brillante espada de combate.

Una nube sangrienta me conducia; calientes ráfagas agitaban mi barba y mis vestiduras; estraños rumores resonaban en torno mio.

Y me elevaba en los aires, y á mis piés aparecia la tierra recamada de montañas, matizada de prade-

ras, surcada por valles; el mar de Damasco se rizaba luciente entre las riberas del Magreb y de Gezira Alandalus, y asomando su cabeza por el estrecho de Alzacac, se unia en un continuo y resonante beso á su padre el gran Océano.

Grupos de nubes, lanzadas en el espacio como un rebaño de gacelas huyendo, pasaban bajo mis plantas impulsadas por las brisas; y el sol brillaba deslumbrante sobre aquellas nubes, y sobre aquellos mares, y sobre aquel hemisferio matizado de púrra, azul y esmeralda.

Y este dia alumbrado por el radiante sol del Islam, era el jueves cinco de la luna de regeb del año noventa y dos de la egira (1).

Cien galeones surcaban las aguas del estrecho, y en ellos Taric-Ebn-Zyad el Invencible conducia á las tierras de Occidente veinte mil caballeros árabes, entre los cuales se contaba muchedumbre de berberiscos y hebraizantes.

Y Taric aferró los galeones á tierra, y salió fuera de ellos con sus ginetes y sus banderas, y quemó las naves; en frente del monte de la Entrada ó de la Victoria, porque en él se vertió la primera sangre de la conquista, y fué vencido el príncipe Teodomiro á pesar de su generosa resistencia.

Y por ello, desde entonces en honor de Taric, se llamó el monte Geb-al-Taric.

Los árabes se tendieron como el huracan sobre la tierra que habian pisado victoriosos, y una luna adelante, en cinco de jawal, la cabeza del rey don Ro-

(1) 711 *de J. C.*

JUNTA DE ANDALUCIA
Patronato Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

drigo fué cortada por Taric como prenda de triunfo, despues de tres dias de un sangriento combate en los campos de Jeréz, á las márgenes del Guadalete.

Yo presidí aquella batalla, envuelto en la oscura nube del destino tan fatal para los godos; yo ví estenderse al pueblo árabe, siempre vencedor, sobre la faz de Gezira Alandalus hasta los valles del Pirene, y ví ondear sobre las torres de Toledo la bandera del Islam.

Laurel de gloria planté sobre la colina de la Azubia, y dejé esplendente y poderoso al pueblo de Ismael sobre las tierras de Occidente, cuando me acerqué á la tumba de mi segundo hermano para decirle:

—¡Levántate, hermano mio, por que yo he plantado ya mi laurel!

Y mi hermano surgió de la fosa, y cabalgó en la nube del destino, y volvió pasados cien años, y plantó otro laurel sobre su tumba y llamó á mi tercer hermano.

Y asi uno tras otro, siete hemos sido los que tornamos y trajimos laureles, porque aun ondeaba sobre las torres de Granada la bandera del profeta.

Pero ahora, emir, continuó el viejo con voz cavernosa, esa bandera flota á impulso de vientos fatales; el cristiano acampa ante los muros de Granada, los muslimes se agitan en discordias civiles, y siento derrumbarse el trono de Al-hhamar.

Solo tú, emir, puedes desviar de Granada el astro fatídico que vibra sobre ella sus rayos de muerte; solo tú que eres generoso, valiente y fiel.

¡Oh, si la primavera cubriese aun doce veces de verdura la vega, y el invierno coronase de nieve otras

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

tantas las cumbres de la sierra, y ondease aun ese pendon sobre Granada! Entonces nuestro octavo hermano plantaria el octavo laurel, Granada seria eternamente el paraiso de los creyentes, y nuestra madre nos besaria en la boca en sus alcázares de las aguas.

Calló el viejo tras este largo y estraño relato, cerró los ojos y reclinó la cabeza sobre su pecho.

Muza Ebn-Abil-Gazan sentia circular por sus venas fuego, y el amor á su patria llenaba su mente, y comprimia con su diestra los latidos de su corazon, que parecia querer romper sus ligaduras.

—Anciano, dijo al fin con voz robusta, lo que está escrito se cumplirá. Que Dios el altísimo y único que me escucha, fortalezca mi brazo. ¿Qué ha de hacer el emir?

El viejo permaneció con la frente inclinada y los ojos cerrados, pero su voz se elevó lenta y vibrante, en un canto profético.

—¡Ay del valiente! esclamó, ¡ay de la gacela que guarda! ¡El lobo acecha, y el valiente caerá y la gacela será esclava!

¡Ay de los hijos de la gacela! ¡ay de sus hijas!

¡Lágrimas llora el alba sobre Granada, y el sol se tiñe de sangre cuando arroja su mirada vespertina á la mas alta de sus almenas!

¡A la lid! ¡á la lid! ¡que la gacela se salve y que el alba ria sobre sus padreras!

¡A la lid, emir! ¡que tus feroces almogawares pisen las haces de los nazarenos como pisa el labriego en la trilla la mies!

¡A la lid, emir, por la gloria de siete siglos! ¡A

la lid, y que la sangre del lobo manche los gentiles piés de la gacela!

El canto del anciano era bravío, semejante en sonidos al clamor del combate ó al gemido del cautivo; se habia levantado de su divan y con él los otros seis ancianos, que lentamente habian adelantado hácia el centro del octógono, hasta tocar con sus espadas el cuerpo de Muza.

Y este las sintió punzar su carne, sin estremecerse ni palidecer ante la feroz espresion de los semblantes de los siete ancianos, que dejaron caer las agudas puntas sobre el pavimento que gimió en un eco sonoro y prolongado.

Entonces cada uno de los siglos arrancó una hoja de oro de su corona de gloria y las entregaron á Muza.

—Emir, le dijo el mas anciano, esas siete hojas de oro manchadas de sangre, encierran toda la gloria de nuestra dominacion en el Occidente; esas siete hojas de laurel son un talisman poderoso, que te servirán para adquirir otro que pende del cuello de una mujer y que te hará invencible con los tuyos.

Vete; el destino te presentará esa mujer, que hará arder tu corazon con un fuego desconocido para tí; esa es tu prueba. Si ella te despoja de esas siete hojas, ¡ay de tí! ¡ay de Granada! Si tú la arrancas el talisman, grande será tu porvenir y dichosa tu eternidad.—

Tras esto, los viejos se tornaron á sus divanes, se replegaron sobre sus rodillas y se envolvieron en sus túnicas.

Muza quiso hablar, pero la voz se perdió en su garganta, sus ojos se nublaron, desaparecieron los

objetos y la sombra densa y apenadora envolvió su ser; hizo un esfuerzo y tornó á abrir los ojos: todo habia desaparecido como por ensalmo; encontróse ginete sobre su corcel Samyel, en el mismo sitio donde se habia detenido para contemplar el real de los nazarenos; la luna brillaba diáfana y nacarada, y las brisas pasaban junto á él saturadas con los balsámicos aromas de los cármenes del Dauro; escuchábase al lejos el hálito de vida de Granada, el grito de los atalayas de la Silla del Moro y el nocturno y vigilante ladrido de los perros campestres; Acbakr de pié, inmóvil, delante de su señor, asía la rienda izquierda del caballo.

El jóven emir buscó entre su faja y su jaqueta las siete hojas de laurel, y nada halló.

—Mucho he dormido, dijo, y mucho he soñado. La noche media; adelante.

Y aguijó á su caballo que no se movió, contenido por la mano del inmóvil esclavo.

—¡Adelante, Acbakr! gritó Muza, ¡adelante! ¿Por qué no has desvanecido con tu voz el sueño estraño que ha envuelto mi espíritu?

—Señor, contestó el esclavo, tu siervo temió enojarte y ha velado tu sueño. Y en tanto, señor, yo he visto tambien una vision espantable.

Muza miró con asombro á Acbakr.

—Poderoso señor, continuó este, mientras tú dormias han pasado en silencio junto á mí siete viejos negros, con largas barbas blancas, envueltos en túnicas de púrpura y con espadas desnudas en las manos. Invoqué á Allah, y entonces uno de los viejos me dejó para tí esta caja.

Y Acbakr entregó á Muza un pequeño cofrecillo de ágata, dentro del cual encontró siete hojas de laurel esmaltadas en oro, sobre cada una de las cuales estaba adherida y seca una gota de sangre.

—¿Y qué se han hecho esos viejos? preguntó el jóven caudillo al esclavo.

—Desaparecieron, señor, entre lo oscuro del barranco á punto que despertabas de tu sueño.

—¡Hágase la voluntad de Allah! murmuró Muza, guardando cuidadosamente el cofrecillo entre sus vestiduras. Ahora, añadió dirigiéndose á Acbakr, guia á la morada del santon.

Acbakr asió el caballo por la rienda, lanzóse á la carrera á través de la cumbre, descendió por ásperos senderos hasta el rio, y metiéndose con el caballo sobre la corriente para no ser sentido, como acostumbran los cazadores de ánades, se detuvo delante de un repecho, sobre el cual, entre un barranco á la izquierda del rio, se rasgaba la entrada de una caverna.

Muza descabalgó, y se dirigió en silencio, oculto entre la maleza, á aquella medrosa entrada.

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

JUNTA DE ANDALUCIA
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

VI.

Por aquel tiempo los nazarenos mas audaces acostumbraban á dejar el real de Santafé y meterse la vega adelante hasta las puertas de Granada, donde retaban á singular combate á alguno de los caudillos moros mas nombrados, ó bien saliendo en busca de aventuras, justaban con los caballeros de Granada, que del mismo modo salian á caza de un trofeo de guerra para rendirle en tributo á su nombre de valientes ó al amor de sus damas.

Prohibidos estaban rigorosamente estos combates por los reyes de entrambas partes, pero á pesar de las ordenanzas de los de Castilla y Aragon y de los

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

pregones de Abu-Abdallah, cada dia era la vega palenque abierto de estos hechos caballerescos, que hacian lamentar por una y otra parte la pérdida de algun buen caballero, cuya sangre se vertia de una manera inútil.

Por lo tanto, no era estraño encontrar á cualquier hora del dia ó de la noche, en los alrededores de Granada, algun caballero cristiano armado de todas armas, con la visera calada, la lanza en la cuja y la adarga al pecho, plantado como un roble en medio de un camino, en las orillas de una ribera ó en las quebraduras de un barranco, cuyo paso fuese acostumbrado por los caballeros muslimes.

Por eso Muza nada encontró de nuevo cuando poco despues de haberse ocultado á guisa de escucha, entre la maleza próxima á la entrada de la gruta, oyó el trote de un caballo, luego el crugir de un arnés, y al fin la voz de un cristiano que aguijaba en su habla al bruto. No tardó en reflejar la luna sobre el yelmo del ginete, que salió de entre las revueltas del barranco, y el emir pudo distinguir á un caballero cristiano, cubiertas las armas por un manto blanco, calada la visera y armada la diestra con una fuerte pica de combate.

Conocíase en lo irresoluto del cristiano que le era desconocido el sitio donde se encontraba, puesto que descabalgó, dejó su corcel á su escudero, y se dirigió indeciso á la subida de la senda que conducia á la entrada de la gruta.

Los ojos de Muza se dilataron; su entrecejo se frunció, y su mano apretó convulsiva la empuñadura de su espada.

—Este perro infiel, dijo para sí, es sin duda algazaz de los nazarenos; pero, por el santo nombre de Allah, que ha de valerle mucho su espada si llega á trocar su palabra con el santon de la grande aljama.

Y Muza armó un venablo en su arco y le asestó en direccion al cristiano, que subia entonces el sendero á poca distancia de la enramada en que estaba oculto.

Pero el pensamiento de que matando á aquel hombre tal vez malograria la ocasion de descubrir un secreto importante, le hizo variar de ataque, y se arrojó con la espada desnuda sobre el caballero, gritando en árabe á su esclavo:

—¡Acbakr, al escudero!

El esclavo, atento como su señor á lo que acontecia, se lanzó sobre el escudero, le derribó y le rindió; Muza, que comprendia y hablaba el castellano, como muchos de los caballeros moros de aquel tiempo, puso la punta de su espada al pecho del cristiano, y gritó:

—¡Yo soy Muza Ebn-Abil-Gazan!

—¡Mientes! repuso el cristiano retrocediendo un paso; Muza Ebn-Abil-Gazan no atacaria á un enemigo cuya espada estuviese aun en la vaina.

El generoso emir bajó la espada instantáneamente, avergonzado de aquella reconvencion, y contestó:

—No, pero no reusa matar sin compasion y sin combate á los traidores que al amparo de la noche y por caminos estraviados vienen en busca de traidores, cristiano, porque tú no eres ni caballero ni leal, sino un perro infiel que vive del engaño.

—Nada te importa, contestó el nazareno, lo que

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA

yo sea, pero sí dejarme paso, á no ser que prefieras el que me lo abra yo.

Y el encubierto, en cuyo manto conoció Muza la cruz de Santiago, desnudó su espada en actitud de acometer al emir.

—Aquí no, dijo este trémulo de odio; estamos en terreno pendiente y te llevo ventaja. Desciende al llano.

—Si por Dios, contestó el otro, y se lanzó á través del barranco y de la maleza al lecho del rio y á un sitio donde, sobre terreno firme, alumbraba la luna un claro del bosque de álamos que orlaban la ribera.

Los dos partieron por igual la luz, y se acometieron en silencio.

El cristiano era valiente, fuerte y sereno; esgrimia su espada con gran maestria y se adargaba de un modo impenetrable. Muza era ligero, fuerte, veloz como un relámpago, é incansable en el ataque; las adargas gemian bajo el peso de los golpes, y fuego lívido y silvador surgia del choque del acero contra el acero.

Ni una sola palabra se cruzaba de combatiente á combatiente; un solo testigo, inmóvil y silencioso, presenciaba el combate: era Acbakr el esclavo, que despues de haber desarmado y atado con su propia faja al escudero, fijaba en su señor la vista indiferente del que cree seguro el triunfo.

Y en verdad, algunos momentos despues, enojado Muza de la duracion del combate, no queriendo por otra parte inutilizar á su enemigo, le esperó cuando venia con la espada en alto, replegóse en sí

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERIA DE CULTURA

mismo, arrojó su espada, lanzóse á él con los brazos abiertos, le aferró y derribó en tierra.

Con una rapidez y una agilidad increible levantóse sobre el cristiano, le puso sobre el pecho la rodilla, y gritó con voz terrible, mientras introducia por el falso del coselete la punta de su puñal de misericordia:

—¡Ríndete á Muza, nazareno, ó eres muerto!

—Si, me rindo, leal y cumplidamente, contestó el cristiano; me rindo porque te conozco, Muza, en el peso de tu rodilla y en la fuerza de tus brazos.

—Sin condiciones, añadió Muza.

—¿Para qué las quiere quien se rinde á un caballero? contestó el cristiano.

Muza se levantó de un salto y dió la mano á su enemigo que se puso de pié, le entregó su espada y se desenlazó el yelmo.

El emir dió un grito de sorpresa al ver el semblante del cristiano, y se desprendió la toca, cuyo estremo para no ser conocido habia levantado hasta sus ojos, y esclamó tendiendo la mano al nazareno:

—¡Capitan Gaston de Vargas! ¡Bendito sea Allah que me concede estrechar tu mano, valiente mancebo, sin haber vertido una sola gota de tu sangre!

El capitan Gaston era un jóven que apenas contaria veinte abriles; su semblante era blanco y mate; sus ojos negros, su cabellera blonda; hermoso como una dama, era fuerte como un leon, y la generosidad y la nobleza se leian en su frente tranquila y alegre como la de un niño.

—¡Ah! ¡eres tú Muza! esclamó, ¡valiente emir! si ordenas á tu esclavo que suelte á mi escudero Gar-

cés, á quien oigo blasfemar entre los árboles, te provaré que siempre van conmigo el recuerdo del dia en que te conocí en la vega.

Muza hizo una señal á Acbakr, que obediente como un perro se alejó y trajo consigo á Garcés.

—¡Mi pica! esclamó el capitan Gaston.

Muza se sonrió, y dijo al esclavo en árabe:

—¡Mi pica, Acbakr!

El esclavo y el escudero tornaron á poco trayendo las dos armas. La del capitan Gaston de Vargas era una joya de inestimable valor; tenia el asta de ébano, las guarniciones de oro y el hierro corto y luciente fabricado en Damasco estaba orlado de diamantes; el pendoncillo era de tela de oro, y en el centro de él, sobre un escudo, en una banda diagonal, se leia en caracteres cúficos este mote: *Billah wa bilmalik. (Por Allah y por el rey).*

La pica de Muza era una verdadera pica de batalla, con asta de roble, guarnecida de acero, y un fuerte y agudo hierro de Toledo: en su bandera se leian estas solas palabras: *Por Dios, por el rey y por mi dama.*

—Y bien, dijo Gaston de Vargas tomando la pica de ébano de manos de su escudero, ¿conoces esta prenda?

—Sí, contestó Muza, es mi lanza damasquina, que troqué con la tuya de Toledo, capitan Gaston, como prenda de hidalga y leal amistad el dia en que me ayudaste contra los infames asesinos del infante Sidy Alhamar en los olivares de la Azubia. Es la buena lanza real, que de rey en rey ha venido hasta mí, y que yo te entregué como una señal por la que po-

dria reconocerte en el combate, y me haria desviar la pica de tu pecho, como la tuya debia hacerme conocido de tí; pero Dios es incomprensible y ha permitido que nos encontremos en hora fatal, desprovistos de esas señas y empeñados en una misma empresa.

Muza enlazó su brazo al del capitan, y sin perder de vista la entrada de la gruta, se alejó con él hasta una distancia en que no podia ser oido de los escuderos.

—Nunca olvidaré, dijo Muza al castellano, que te debo la vida y tal vez la honra, Gaston; y esa deuda sagrada para todos, y mucho mas para un caballero á quien llaman el bueno y el leal en Granada, la de los valientes, será pagada por mí con el amor de un hermano, con la solicitud de un soldado.

El capitan estrechó con emocion entre sus manos una mano de Muza.

—Príncipe, la fama de tu nombre vuela hasta el centro de nuestros reales, y no hay uno solo de los hombres de guerra castellanos desde Hernando del Pulgar hasta Gonzalo de Córdoba, que no tuviesen en mucho el medirse contigo, y que no se declarasen vencidos lealmente en un azar de guerra, cuando como yo se hubieran dejado despedazar antes que entregar sus espadas á un escuadron de vuestros bravíos alfarazes (1). Por eso, príncipe, yo me declaro tu cautivo en buena y leal batalla, y me pongo á tu merced.

Muza movió tristemente la cabeza, y asiendo á

(1) *Caballeros de lanza y espada.*

su vez las manos de Gaston, le dijo con el acento del mas dulce reproche:

—No, tu no eres mi cautivo. Pero ¿por qué mi hermano de batalla viene con la noche á buscar á los traidores enemigos de Granada? ¿Por qué no deja, él, que es tan cumplido caballero, ese ejercicio deshonroso para los rufianes y la gente menuda de sus reales?

Gaston de Vargas conoció lo justo de la reconvencion y se sonrojó.

—Y ya que el espíritu tentador, continuó Muza, ha oscurecido su espíritu, por qué no dice á su hermano: «Muza, aqui está el peligro, alli los traidores, mas allá la celada;» porque la guerra, capitan, la guerra entre reyes y caballeros debe ser una lucha leal, de espada contra espada, de sangre por sangre; pero no de traicion á traicion.

El capitan callaba, la exaltacion de Muza crecia.

—¡Que vengan y arrimen escalas á nuestras murallas! gritó: ¡que despleguen en campo abierto, en número igual, caballero por caballero, lanza por lanza, peon por peon, bandera contra bandera, la enseña de Santiago por Castilla delante de la del Islam por Granada! ¡Son poco generosos, poco hidalgos! continuó Muza, cuya exaltacion crecia: ¡utilizan las discordias intestinas de mi pueblo, nos cercan de traidores, recogen en sus reales á esos infames abencerrajes, que impulsados por los hijos de Abou'l-Hassan y de Zoraya, han vuelto la espalda á su patria, á su rey y al Dios de sus padres! ¡Y no han enviado sus traidoras cabezas á Granada en prenda de lealtad! ¡Y no contentos aun, arman con el puñal y el vene-

no á los miserables que aun moran encubiertos tras de nuestros muros! ¡Por el santo nombre de Allah! ¡por el profeta! ¡por la piedra de la Kaaba! que si un escuadron de cristianos se me hubiese ofrecido contra sus reyes, yo los hubiera tornado azotados y escarnecidos á sus señores naturales. Muza puede y quiere retar, y reta de solo á solo, de dos á dos juntos si asi les place, á los Pulgares, á los Leones, á los Córdobas, á los Toledos, á los Mendozas, al mismo príncipe don Juan y hasta el rey don Fernando; Muza puede morir como caballero, pero deshonrarse como villano, enviar asesinos al real de sus enemigos, ¡nunca, capitan Gaston! ¡nunca!

La aureola del heroismo brillaba en el semblante de Muza; el castellano se sintió dominado, y tuvo impulsos de prosternarse ante la majestad del valor y de la desgracia; ante el hombre que con tanta nobleza reprochaba la conducta de sus enemigos.

—Muza, le dijo, te engañas; mis señores don Fernando y doña Isabel, los nobles que has nombrado, los caballeros que no han tenido la honra de vivir en tu memoria, te hacen justicia, emir, y te respetan. Tu lanza, el arma invencible con que premiaste una accion que en mí no era otra cosa que un deber de caballero, ha sido blandida con orgullo por ese mismo rey don Fernando, por el príncipe don Juan y por las reales manos de doña Isabel, que ruega por tu vida al Dios crucificado, y te llama el único y valiente caballero de Granada. ¡Muza! los hombres como tú son héroes, y no habria uno solo de esos caballeros á quienes has retado, incluso el gran Gonzalo de Córdoba, que no cambiase su lanza á la ma-

no siniestra si te encontrase en batalla, y pasase saludándote con amor; porque los valientes y los generosos son hermanos, y no puede haber sangre entre ellos.

—Sí, contestó Muza con amargura, pero enviaron contra mí una veintena de lanzas traidoras, que me acometieron solo y mal armado, que á no ser por tí y tus escuderos hubieran acabado conmigo, y me hubieran dado una muerte desesperada y sin gloria. ¡Oh! tú no sabes como yo las viles arterías con que atizan el fuego que arde en el corazon de Granada; tú no sabes que en esta guerra vale mas un mal espía que una buena espada.

—Cosas son esas del infante Sidy Yahye que te aborrece, emir, contestó Gaston, no de mis señores. Cuando supieron que habia ensangrentado mi lanza por tí, cuando mis escuderos estendieron por el real la nueva de la escaramuza, los reyes me llamaron, me dieron á besar su mano, me otorgaron, á mí, simple hidalgo, una compañia de arcabuceros, y esta cruz de Santiago es un recuerdo de aquel dia. ¿Qué mas pruebas, Muza, de que si no te aman al menos te respetan?

—Orgullo y falsía, contestó el tenaz Muza; tú mismo eres un testimonio; yo te he sorprendido trayendo sin duda un mensaje para un hombre sospechoso; para uno que se llama sabio y Faquí, y que Allah me confunda sino es un perro infiel renegado de Dios.

—Es verdad, dijo Gaston, que traigo letras, no sé de quien, para un hombre que mora en el fondo de esa gruta; pero por mi alma que no aliento otro deseo que conocer á una mujer que he oido pon-

derar y que mora en ella; además, he prometido á la princesa doña Isabel de Portugal entregarle mañana esa mora cautiva, y ya ves que en esto no hay mas que una aventura caballeresca, cuyos medios podrán ser, si se quiere, un tanto dudosos para un hidalgo. Esta es la verdad.

—¡Una mujer! esclamó Muza, á cuya memoria vino lo que se le habia anunciado en la vision de los Siete Siglos; ¿y quién ha podido decirte que esa mujer es hermosa y que mora en esa gruta?

—El infante Sidy Yahye, contestó Gaston.

—¡El infante Sidy Yahye! murmuró Muza, ¡el hermano del infante Sidy Alhamar! ¡Oh, bien puede ser! ¿Y cómo aconteció, Gaston?

—Estaba ayer de guarda con otros caballeros en las tiendas del rey; me habia tocado el servicio de atalaya real y me apoyaba en tu lanza, cuando pasó cerca de la tienda el infante á caballo acompañado de algunos ginetes. Detúvose junto á mí, me miró con insolencia, y me dijo sin destocarse ante el pendon real que ondeaba sobre la tienda.

—Rica lanza gastais, hidalgo, y pardiez que bien quisiera medir esa prenda real con mi pica de infante.

Yo no contesté al reto, sino que le dije afianzando mi arma:

—¡Saludad á Sus Altezas!

Por toda contestacion Sidy Yahye, rojo de cólera, dirigió á mí su caballo levantando su látigo.

—¡Por Satanás! murmuró Muza; ¿y no le tendiste á tus piés?

—Satisfíceme arrancando con la punta de la lanza la gorra de la cabeza del infante. Y á no ser por-

que á punto apareció en la puerta el príncipe don Juan, no sé á donde hubiéramos llegado. Pero todo concluyó por el momento con su presencia. Uno de sus pajes entregó la gorra á Sidy Yahye, que saludó al príncipe, me lanzó una mirada colérica, aguijó su caballo y pasó con sus ginetes.

Poco despues un escudero del infante llegó junto á mí, y entregándome un guantelete, me dijo:

—El infante, mi amo, espera recogeros esta prenda al medio dia como caballero en los ojos de Guetar, si no faltais al plazo como villano.—

Por toda contestacion recibí el guante y lo puse en la punta de mi pica. Habian sido testigos de esta aventura muchos de mis camaradas, y como se acercaba el medio dia, uno de ellos ocupó mi puesto, y con una escusa me retiré de la guarda.

Pero los duelos están severamente prohibidos entre nosotros, y apenas habia puesto las herraduras de mi caballo fuera del real, cuando mi primo Garci Perez de Vargas, acompañado del buen don Iñigo Lopez de Mendoza, nuestro padrino, y de muchos hidalgos y mesnaderos, me cercaron, me hicieron notorio que los reyes tenian conocimiento de la querella, y que era prudente diferir por entonces el plazo, hasta que pasados algunos dias pudiera verificarse con sigilo. Redujeron asimismo con buenas razones al infante Sidy Yahye, y como el lance y la provocacion habian sido demasiado patentes, se tuvo por bien que nos reconciliásemos en la apariencia, y que comiésemos juntos en las tiendas de Garci Perez de Vargas.

Asi se hizo, dejamos los arneses y nos sentamos al

par en una misma mesa; circuló el vino en profusion; primero salieron á cuento lances de guerra, luego vinieron los lances de amor; cada cual ponderó los encantos de sus damas, y no hubo estrella ni lucero que no fuera pospuesto á alguna mujer de ojos negros ó azules; el infante bebia y tornaba á beber, hasta que al fin se apoderó de él la embriaguez.

Entonces nos habló de una mujer á quien llamaba unas veces hada, otras, segun dijeron algunos que sabian hablar en arábigo, *Sol de la hermosura* (1). Díjonos que el hombre que poseyese su amor, seria invencible, y como los que están ébrios hablan lo que tal vez luego les pesa, añadió:

—Y si alguno dudase de lo que digo, vaya si es valiente á la gruta que conduce á la morada de esa hermosura.

Todos le preguntaron el sitio.

—No muy lejos, contestó el infante, sino en el lecho del rio Dauro, á una carrera de caballo de la Alhambra, en un barranco como se sube á la izquierda de la corriente.

Barbotó algunas baladronadas, y vencido por la embriaguez se durmió.

Todos creyeron un sueño la existencia de una mujer tan preciada que habia alcanzado por nombre *Sol de la hermosura*, y que moraba en un asilo tan miserable como una cueva; pero no sé porque yo, que nunca he creido en cuentos, creí enteramente lo que la embriaguez habia hecho salir del alma del infan-

(1) *Schamsul-llemal, en árabe.*

Patronato Provincial de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

te, y juré ser yo el que habia de saber la verdad del dicho.

La noticia de la existencia de la ponderada hermosura corrió en el estrecho recinto del real, y todos supieron que yo habia adoptado la empresa.

Y asi lo hice; cuando el sol se ponia, mandé á Garcés enjaezar los caballos, ceñí mi arnés de guerra y salí del real.

A poco trecho encontré á la princesa doña Isabel, que habia salido á esparcirse con sus dueñas y escuderos, y á quien debí la honra de que me dirigiese la palabra.

—¿Qué es esto, capitan Vargas, me dijo, vais á buscar un sol cuando otro se pone?

—Juro á Vuestra Alteza, la contesté, que mañana ese sol ha de brillar entre vuestras damas, ó he de ser cautivo.

—Acepto, caballero, me dijo la princesa; pero cuidad de vuestra vida, no sea que ese ponderado sol nos cueste uno de nuestros mas queridos vasallos.

Saludé respetuosamente á la princesa, y partí; y éteme aqui, emir, empeñado en una aventura, sin guia, tras un objeto quizá falso, espuesto á vuestros corredores y perdido entre el cauce del rio; pero hay sin duda un Dios que protege á los locos y á los enamorados; no habia andado muchos pasos cuando sentí el galope de un caballo; ocultámonos por prudencia entre los árboles yo y mi escudero, y esperamos. Muy pronto un ginete se detuvo delante del sitio donde estábamos apostados, y echó pié á tierra para apretar la cincha á su caballo, azar afortunado que me dejó conocer en el ginete al escudero que

aquella misma mañana me habia entregado el guantelete en nombre de Sidy Yahye.

No era ocasion, ni persona digna de empeñar un combate singular; me limité, pues, á salir recatadamente de la espesura con Garcés y le aseguramos por la espalda.

El escudero quiso en vano desasirse; lo atamos con las riendas de su caballo á un árbol, y yo le interrogué.

—¿Tú eres el escudero del infante Sidy Yahye? le dije.

—Sí, me contestó.

—¿A dónde vas?

—No sé, repuso; pero al sentir la punta de mi daga en su garganta me dijo:

—Llevo un mensaje de mi señor para su hermano Sidy Alhamar.

—¿Y dónde vas?

—A Guadix.

—¡Mientes! vas á una cueva que está á poca distancia de aqui, en las márgenes del rio, le contesté, amenanzándole de nuevo.

Entonces el temor de la muerte le hizo confesármelo todo, y me entregó este pergamino rodado y sellado.

Gaston de Vargas sacó de su escarcela un pergamino enrollado, y lo entregó á Muza.

—Ahora bien, príncipe, añadió el capitan, ¿crees que Gaston de Vargas manche el hábito de Santiago siendo espía de los suyos?

—No, no, capitan, perdóname, contestó Muza con emocion abrazando al jóven, habia pensado mal de tí

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

cuando el destino es quien te trae. Pero ese hombre tendria alguna seña para abrirse paso: dímela.

—Sí, contestó el capitan, me dijo que llegase hasta el fondo de la cueva, y que diese un golpe en una piedra que encontraria en el suelo. Que me contestarian preguntando desde adentro: *Yugo ó espada;* que debia contestar: *Tanto monta,* y que una puerta se abriria ante mí.

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias! Gaston, esclamó enajenado de alegria Muza, porque sin tí imposible me sería dar cima á una importante empresa. Mira, no eres mi cautivo, pero quiero tenerte algun tiempo conmigo en mi alcázar, abrirte mi harem, ofrecerte mis tesoros. De todos modos no puedes volver sin esa mujer á Santafé, porque dudarian de la verdad de tu dicho viéndote volver ileso; por otra parte, mis adalides cubren á estas horas todas las avenidas de la ciudad y podrias caer en una celada. El enemigo te declara libre, pero el amigo te prende.

—En buen hora, contestó Gaston, acepto; pero es preciso que se sepa de mí en los reales.

—¡Acbakr! gritó Muza.

El africano se acercó á su señor.

—Conduce á mi hermano y á su escudero á mi alcázar; toma mi anillo y muéstralo á los guardas de Bib-Guadix, que os franquearán el paso. Y atiende bien, cuando llegues despierta á mi katib (1), muéstrale tambien el anillo y en mi nombre haz que escriba un pergamino..... ¿para quién, Gaston?

(1) *Secretario.*